

y *De virtutibus in communi* q. un., a. 3 c), como lo es al estimar que no cabe virtud adquirida *perfecta* sin la caridad sobrenatural (cfr. *Sum. Theol.* I-II, q. 65, a. 2; II-II, q. 23, aa. 7 y 8; etc.). Sin duda, el autor no pretendía tomar partido en sutiles controversias, sino exponer clara y llanamente la doctrina de la Iglesia. Pero imperceptiblemetne en este caso, movido quizá por el fervor de su apasionada predicación, optó por Escoto frente a Santo Tomás, cuando —como me parece deducir del contexto— pretendía precisamente lo contrario. ¡Bienvenido *lapsus linguae*, si realmente lo hubo, que nos ha brindado la oportunidad de respirar, tan hondo, ese optimismo de vivir que exhalan las virtudes humanas...! Pero no estoy de acuerdo.

He dejado para el final el comentario de la novena homilía: *La Virgen María y la vida de fe*, que comienza con un análisis delicioso de “la *única* palabra de María, dirigida a los hombres, de la que queda constancia en los Santos Evangelios” (p. 226): *Haced lo que El os diga*. Sigue después, ¡en sólo dieciséis páginas!, un excelente resumen de todas las gracias y privilegios que recibió la Virgen María, que va deduciendo el autor, guiado por el Magisterio de la Iglesia, el testimonio de los Padres y las oraciones de la Sagrada Liturgia, del primer principio de la Mariología, que es el dogma de la Divina Maternidad. Sospecho que difícilmente podría haberse presentado mejor compendio de todo cuanto hay que creer en torno a Santa María, pues está escrito con tanto rigor, unción y precisión técnica, que forzosamente habrá de despertar en el lector un gran amor a la Madre de Dios. Mención especial requiere el tratamiento del epígrafe titulado *La fe de María*.

Hasta aquí algunas ideas que me sugirió la lectura del presente libro, al que auguro —estoy seguro— gran éxito de crítica y mucha fortuna entre el público de cultura media y superior.

J. I. SARANYANA

Antonio ROYO MARÍN, *Los grandes maestros de la vida espiritual. Historia de la espiritualidad cristiana*, BAC, Madrid 1973, 496 págs.

El Padre Royo Marín O. P. ocupa, sin duda alguna y con todo merecimiento, un lugar destacado entre los teólogos es-

pañoles que han cultivado la difícil especialidad de la síntesis: síntesis doctrinal de amplio alcance, en su magnífica *Teología de la perfección cristiana*, monografía única en la bibliografía de habla castellana; síntesis escolástica, como su *Teología Moral para seglares*; y síntesis mariológica, en su obra *La Virgen María*. Y ello sin olvidar otros tratados de ocasión dignos también de nota: *Teología de la esperanza*, *Doctoras de la Iglesia* y *Teología del más allá*, por referirme sólo a las que conozco directamente. Nunca, hasta ahora, ha defraudado a los lectores: su estilo conciso sin empalagos, directo, asequible al público de cultura media-superior y preciso en la terminología, se ha enriquecido progresivamente con esa rara técnica de la exposición clara y ordenada, que aprovecha al máximo las posibilidades que ofrece la linotipia, combinando tipos de letras y cuerpos, de tal forma que la lectura resulte más grata. Por todo ello, sus obras son agradables a la vista por su composición y, aunque muy extensas por lo general, siempre interesantes.

El autor declara, al comienzo de su libro *Los grandes maestros de la vida espiritual*, que es intención suya ampliar el "Resumen histórico-bibliográfico" que figura al principio de su *Teología de la perfección cristiana* (21 páginas en la 5.^a ed. de 1968). A fin de lograr tal propósito procede según un doble principio de división: uno cronológico (el que da lugar a las cinco partes de la obra: Fundamentos, Edad Antigua, Media, Moderna y Contemporánea), que se combina con otro de carácter doctrinal, según la adscripción de los autores estudiados a una y otra corriente espiritual (así surgen cada uno de los capítulos: treinta y uno en total más un apéndice dedicado a las herejías).

Aparte el capítulo primero de la primera parte ("La doctrina espiritual de Jesús y de los Apóstoles") que me parece poco acertado y posiblemente innecesario (¿no será una empresa imposible, quizá improcedente, intentar una síntesis de la espiritualidad del N. T. en sólo treinta y cinco páginas?), los maestros más ampliamente expuestos son, como era de esperar: San Gregorio Magno y San Agustín, San Bernardo de Clairaval, Santo Tomás, Santa Catalina de Siena, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santa Teresa del Niño Jesús y San Francisco de Sales. Tampoco falta ninguno de los autores de alguna relevancia, aunque la relación de ellos no sea tan exhaustiva como en el "Resumen" que le sirve de esquema de

partida. De todas formas, he echado en falta algún párrafo dedicado a Francisca Javiera del Valle (1856-1930), cuyo *Decenario del Espíritu Santo* vio la luz por vez primera en 1932 (cinco ediciones en 1974). El autor remata su obra con una breve exposición de la doctrina espiritual del Vaticano II, lo que parece a primera vista una excelente idea, pero quizá poco justificada a tenor de la metodología adoptada: si sólo se trataba de un estudio de maestros y escuelas, ¿por qué analiza en un mismo plano el magisterio de un concilio ecuménico y las doctrinas particulares de los místicos?; y si se incluye ese análisis, ¿por qué olvidar a otros concilios que, como los decretos disciplinares y dogmáticos del Lateranense IV y del Tridentino, tanto influyeron en la reforma de las costumbres y en el despertar de la vida espiritual de los fieles y del clero? Por último, y aunque el autor evite el estudio de maestros que vivían todavía en 1973, al presentar una síntesis de la doctrina sobre la llamada universal a la santidad en el Vaticano II, hubiera sido preciso —a mi entender— ofrecer al lector los precedentes de tal movimiento espiritual; por ello, a pesar de las amplias exposiciones del pensamiento del P. Arintero y del P. Garrigou-Lagrange, falta, en honor a la justicia, alguna alusión a ese vasto movimiento suscitado por Dios a través del Opus Dei, Asociación internacional de laicos, a la que pertenecen también sacerdotes seculares, fundada en 1928 por Mons. Escrivá de Balaguer. Por tal olvido, la monografía que recensiono queda privada de la exposición de un tema capital, redescubierto recientemente por la espiritualidad contemporánea: que el trabajo ordinario, amén de su valor intrínseco, es medio aptísimo para la propia santificación y la santificación de los demás.

Me ha parecido entender que dos son las líneas de fuerza, que constituyen como la nervadura de esta *Historia de la Espiritualidad cristiana*. La primera, de carácter metodológico, consiste en la búsqueda de una guía o algún criterio válido para contrastar y juzgar la abundante literatura ascética producida en veinte siglos. Royo Marín lo encuentra, ante todo, en las declaraciones del Magisterio de la Iglesia, especialmente de la Baja Edad Media y Edad Moderna. Pero también en Santo Tomás. Y no vacila en traer a colación dos textos, uno de León XIII (del año 1879), en el que se dice: “La razón humana, elevada en alas de Santo Tomás, apenas puede remontarse más alto; y la fe difícilmente puede conseguir más y mejores ayudas de la razón que las ya conseguidas por Tomás”; y otro de

Pío XI (del año 1923): “si alguno quisiere conocer a fondo estos y otros puntos fundamentales de la teología ascética y mística, es preciso que acuda, ante todo, al Angélico Doctor”. De esta forma, la doctrina del Aquinatense, bien complementada por las estupendas descripciones de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, constituyen un criterio apto para la investigación histórica.

Sobre tal fundamento aparece la otra línea de fuerza de esta monografía: el esfuerzo por historiar toda una tradición que arrancaría posiblemente de San Gregorio Magno, la cual, con bastantes altibajos, ha acabado por imponerse, demostrando que la plena perfección cristiana, a la que todos los cristianos estamos llamados, consiste *esencialmente* en la virtud de la caridad, e *integralmente* en la práctica perfecta de todas las virtudes infusas; y que la mística entra en el desarrollo normal de la gracia santificante.

En cuanto a las fuentes y documentación aportadas, el autor es tributario muchas veces —como declara expresamente— de historiadores anteriores: Cayré, Graef, Pourrat, Crisógono, Villoslada y Molinero, principalmente, sin olvidar el todavía incompleto “Dictionnaire de Spiritualité”. No obstante al estudiar a los grandes maestros, lo hace siempre acudiendo directamente a los originales, según las ediciones mejores. Puede afirmarse, pues, que Royo Marín goza de una amplia información, incluso muy erudita en bastantes ocasiones, y que esta *Historia de la espiritualidad* constituye una excelente synopsis, de consulta obligada para una primera aproximación a cualquier corriente doctrinal. El hecho de que haya pretendido probar una “hipótesis de trabajo”, lejos de constituir un inconveniente, más bien es un mérito por su parte. Porque ¿cómo historiar asépticamente? Y además, ¿de qué serviría una pura enumeración de datos yuxtapuestos? Que el autor celebre la terminación de ese *impasse* de la doctrina mística tradicional, la cual había quedado oscurecida durante los tres últimos siglos de desorientación y decadencia, es tanto como alegrarse de que las almas hayan roto sus ataduras y puedan volver a elevarse a las altas cumbres de la contemplación. Y un alborozo así es justo y correcto... a mi entender.

No quisiera terminar, sin destacar un denominador común de toda la obra, que debe ser seguramente un rasgo temperamental del autor: la simpatía con que trata a todos los místi-

cos, incluso a aquellos cuya doctrina haya podido ser censurada por la Santa Sede, como es el caso de Eckart, Carranza y Fenelón. Sólo dos son excluidos de esta regla general de afabilidad: Melchor Cano, a quien califica de "místico mediocre", de inconsecuente al traducir a Serafín Fermo, y, en definitiva, de cazabrujas; y Bossuet, por su actitud poco caballeresca en la polémica con Fenelón.

J. I. SARANYANA

J. HERVADA, *Diálogos sobre el Amor y el Matrimonio*, Colección Cultural de Bolsillo Temas Nuestro Tiempo n.º 5, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1974, 211 págs.

La Colección Cultural de Bolsillo Temas Nuestro Tiempo de las Ediciones Universidad de Navarra presenta entre sus primeros títulos —concretamente el n.º 5— este libro de Javier Hervada, Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Navarra y Profesor de la Facultad de Derecho Canónico de la misma Universidad. El lector interesado por temas matrimoniales conocerá, sin duda, las valiosas aportaciones científicas del Prof. Hervada a lo largo de los últimos quince años; varios artículos de revistas científicas y tres obras: *La impotencia del varón en el Derecho Matrimonial Canónico*; *Los fines del Matrimonio. Su relevancia en la estructura jurídica matrimonial*; *Derecho Matrimonial (Tomo I)*. Esta última obra es el primer tomo del III volumen del manual de Derecho Canónico que, con el título general "El Derecho del Pueblo de Dios" están publicando el Prof. Hervada y el Prof. Lombardía.

Con el autor queremos hacer una advertencia previa: "No es éste, sin embargo, un libro de investigación científica, ni siquiera un ensayo de elevadas reflexiones. Es la publicación de varios diálogos —así concibo también las conferencias— que he tenido la suerte de mantener con públicos de diversa índole, cultura y nacionalidad. Diálogos que dejaron en mi ánimo un gratísimo recuerdo, por el excelente trato que recibí y lo mucho que las observaciones y preguntas de los oyentes siempre me enseñaron" (p. 12). Se trata, pues, de una obra de divulgación en forma de diálogo. Sin embargo, los temas son tratados con mucha profundidad y seriedad científica. En cuanto a la forma, la podríamos colocar en paralelo con la usada e intro-